

DE PURO MILAGRO

Harry

Primera edición
Septiembre 2021

© Harry

© Serie Gong Ediciones / Ediciones Atlantis
Calle Virgen de las Nieves, 62
28300 Aranjuez (Madrid)
918.65.77.36
atlantis@edicionesatlantis.com
www.edicionesatlantis.com

Derechos exclusivos para la edición en cualquier lengua:

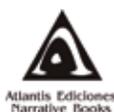
© Serie Gong Ediciones, S.L.
Viella,14, 28040 Madrid, España
www.seriegonglibros.com

© Fotos de portada, contraportada y solapa: Alberto García Alix.
© Locución de Audiolibro: Antonio Bartrina.
© Dibujillos y maquetación: Pejo.

Impresión: Ediciones Atlantis
Virgen de las Nieves,
62, 28300 Aranjuez, Madrid

Impreso en España – Printed in Spain

ISBN: 978-84-123837-9-9
Depósito Legal: M-19641-2021



DE PURO MILAGRO

ÍNDICE

Dedicatorias.			9
Capítulo 1.	13	Capítulo 26.	211
Capítulo 2.	15	Capítulo 27.	223
Capítulo 3.	21	Capítulo 28.	229
Capítulo 4.	27	Capítulo 29.	235
Capítulo 5.	33	Capítulo 30.	239
Capítulo 6.	41	Capítulo 31.	245
Capítulo 7.	47	Capítulo 32.	251
Capítulo 8.	51	Capítulo 33.	257
Capítulo 9.	55	Capítulo 34.	263
Capítulo 10.	61	Capítulo 35.	269
Capítulo 11.	65	Capítulo 36.	277
Capítulo 12.	73	Capítulo 37.	281
Capítulo 13.	81	Capítulo 38.	285
Capítulo 14.	89	Capítulo 39.	295
Capítulo 15.	95	Capítulo 40.	301
Capítulo 16.	113	Capítulo 41.	309
Capítulo 17.	123	Capítulo 42.	315
Capítulo 18.	127	Capítulo 43.	325
Capítulo 19.	147	Capítulo 44.	331
Capítulo 20.	155	Capítulo 45.	339
Capítulo 21.	163	Capítulo 46.	345
Capítulo 22.	171	Capítulo 47.	351
Capítulo 23.	181	Capítulo 48.	359
Capítulo 24.	189	Capítulo 49.	367
Capítulo 25.	199	Capítulo 50.	383

DEDICATORIAS

Quiero agradecer y dedicar esta mi primera novela a:

Luis García-Pelayo, Juan Raúl Tinoco y Eduarda Olguiña, con cuyos comentarios positivos me animaron a escribir.

A Javier y Gonzalo García-Pelayo, los cuales lo han hecho posible. Estando yo librando uno de mis últimos combates con la vida, aparecieron ambos en forma de entrenadores y me infundieron los ánimos suficientes como para aguantar en pie este asalto y dar lugar a que sonara la campana. Ahora más que nunca, estoy salvado por el GONG.

Y a todos los mencionados. Amigos y enemigos, a unos con más cariño que a otros, lógicamente.

A mis amigos muy queridos y desaparecidos.

Seguís estando vivos en mi memoria.

Mi cariño y agradecimiento eterno a Marian. Por su cariño sincero y por la ayuda en infraestructura prestada. Sin ella no hubiera podido hacerlo.

A mis colaboradores Alberto García Alix, Antonio Bartrina y Pejo. Los cuales, con su trabajo, imprimen al mío un nivel de calidad difícil de igualar y estar a su altura.

Y por último y como no podía ser de otra manera, a mi hija de mi alma, Ana Cristina. Arrancada de mi lado hace tanto tiempo que ya no siente nada por mí.

También se la dedico al Tiempo, a ese Tiempo que dicen que pone todo en su justo lugar.

Y por supuesto a todos los lectores:

Señores, señoras. Va por ustedes.

Basada en hechos cabales.

*Cualquier parecido con la ficción,
es producto de la realidad.*

CAPÍTULO -1-

Aquel bar era mi primera oportunidad de negocio estable y honesto. A mis 23 años, poderlo abrir significaba haber dado un pelotazo y conseguir el triunfo, como colofón a los cuatro o cinco años que llevaba de tumbos y fatigas, buscándome la vida. Desde el aciago día en el que mi abuelo y padre adoptivo me echara del hogar familiar con cajas destempladas. Más que cajas, fueron las maneras las destempladas. Pues tiraba a mogollón mi ropa, desde la puerta a las escaleras, sin cajas ni maleta, abocándome irremediabilmente a la mala vida y a una subsistencia delictiva.

Por eso aquel proyecto significaba mi salvación y casi también la de mi alma, pues, con la aparición en mi vida de Mercedes, tenía la opción de salir de las calles y de poder abandonar los malos hábitos de aquellos años, en los que me movía chorando bugas y trapicheando con lo que había. Lo abrimos siendo pareja Mercedes y yo. Alquilamos un local, antigua barra americana, en la Travesía de San Mateo, entre Chueca y Malasaña. Barrios, en aquel Madrid de 1979, emblemáticos por la incipiente “Movida” que empezaba a desarrollarse.

Mercedes, mi chica, era una mujer extraordinaria. Vivimos muchas aventuras a lo largo de los ocho o nueve años que duró

nuestra corta, hasta ese momento, relación. Nos habíamos conocido unos meses antes, en el Circo de Sambo, uno de los bares punteros de Chueca, en la Travesía de Belén.

Era visita obligada en el itinerario de sitios que recorría todas las tardes desde la Plaza del Rey, lugar donde me aprovisionaba de costo o bien iba yo a venderlo, según estuviera mi economía.

La plaza, como el resto del barrio, se ponía brava al llegar la tarde, siendo objeto de redadas y mucha vigilancia por parte de la policía. El barrio, que durante la mañana conservaba un ambiente apacible y vecinal, al llegar la tarde, con la apertura de los diferentes locales de ocio y encuentro, se tornaba en otro bastante más peligroso. Aunque no fuera mi barrio, me movía con soltura y audacia por la zona.

CAPÍTULO -2-

A veces tenía que recurrir a los extrarradios para pillar hachís de calidad y a buen precio. Para ello dedicaba un rato en la búsqueda de algún coche que me permitiera desplazarme con más rapidez y seguridad. Buscaba, lejos de mi lugar de residencia, una marca específica. Concretamente, algún Citroën dos caballos, que en 1976 proliferaban por Madrid.

Un tipo mayor que yo, muy fuerte, me había regalado, por pura simpatía, un juego de llaves de una furgoneta que él tenía. Explicándome que aquellas llaves valían para abrir y arrancar cualquier coche de aquel modelo. Pepe el Lechero, del barrio de Las Ventas, donde era una leyenda viva por su fama de bravo y la fortaleza que tenía.



Pepe el Lechero, por Harry.

Era un hombre con una vida y un carácter muy peligrosos. Pues él y otros muchos, de aquella generación anterior a la mía, empezaron a trastear con el caballo y, desgraciadamente, a costearlo, dando palos de riesgo y cuantía. Su familia tenía una vaquería y él, acostumbrado a repartir las cántaras de leche y subirlas a los pisos, desarrolló una fuerza inaudita.

Siempre me hizo gracia que le llamaran Pepe el Lechero. Pues no quedaba claro si era por el tema del reparto de la leche o de las leches que repartía.

Yo llegué a su vida de una forma accidental y menos mal que no fue accidentada. Hacía unos años, en la Plaza de la América Española, en el parque de Sancho Dávila, conocí a una niña rubia y preciosa que me enamoró. Se llamaba Lourdes, tenía catorce años y era como Marilyn Monroe en miniatura. Lourdes. Tenía una forma graciosa de andar, como dando saltitos. Siempre iba acompañada de su amiga Yolanda, una morena atractiva. Yo, con quince años, estaba inmerso en cambios de colegio, pues me expulsaban con facilidad de los centros a los que acudía, y en recibir clases particulares de Matemáticas e Inglés, a las que mi abuelo me sometía. Casi siempre, las expulsiones estaban motivadas por discusiones fuertes con profesores y curas, pues no aguantaba abusos ni injusticias.

Aquel verano, mi abuelo me quería llevar a los Agustinos del Escorial, que tenían fama de chungos. Ya tenía un amigo allí, que me recomendó que me resistiera. Mi abuelo barajaba muchas opciones para dobligar mi carácter, entre ellas internarme en Campillo, el siniestro correccional. Menos mal que mi amigo Josemi me habló de su colegio, un internado muy liberal, en Torreloodones.

Convencí a mi abuelo de que aquel era el lugar adecuado para mí. Era verano y mis abuelos se querían marchar a Vigo, como todos los años, de vacaciones, ya que allí vivía su única hija, felizmente casada. Como los trámites para Torreloodones

no eran complicados, a diferencia de otros colegios, no me costó demasiado convencerles.

Volvía a Madrid algún fin de semana, para poder ver a Lourdes, y un día, al llegar, me contó muy afectada que el tal Pepe se había sobrepasado con Yolanda. Según me contó, la habían hecho fotos comprometidas, para ser una chavalita, entre él y otro. Y, como el amor mueve montañas, me fui a buscar al tal Pepe, que me sacaba 10 años y varias cabezas. Le encontré en el Olamar, una cafetería donde parábamos, en la calle Alcalá. Acudíamos por las tardes las parejas jovencitas, al salón de la planta baja, para poder besarnos con vehemencia y libertad.

Entré en el local yo solo, me acompañaba el entonces novio de Yolanda, Toño se llamaba, hermano de Ana, la enfermera, que tiempo después fue novia mía. Me acompañó hasta la puerta, pero a entrar no se atrevía. Pepe, líder nato, estaba rodeado de su peña, tipos mayores y de varias cataduras. Me acerqué al grupo y le interpele directamente, que venía a que me diera el carrete de fotos de aquella niña. Se hizo un silencio sepulcral durante unos instantes. En los que me estaba jugando la paliza de mi vida. De pronto, soltó una carcajada y me dijo: chaval, tienes cojones, más que muchos de estos. Y miró despectivamente al grupo que le reía las gracias y le daba ojana. Entre ellos, uno muy desagradable, un tal Ozores, que había estudiado para secreta y era un bicho. Por ese comentario de Pepe sobre los huevos que yo tenía, ese tipo me cogió mucho asco, y en ocasiones posteriores quiso comprometerme para que demostrara mi valor.

Aquel día, salí con Pepe a la calle, dispuesto a enfrentarme con él. Descubrí que debajo de su ruda apariencia había un tipo muy inteligente, duro, pero no era mala gente. Me convenció de que la cámara no tenía carrete y lo hizo con tanta sinceridad y hombría que le creí. Efectivamente, años después, nunca volvimos nadie a saber de aquellas fotos. Con lo cual estoy seguro de que no me mintió. A partir de aquel día, nos hicimos amigos, pese a la diferencia de edad y circunstancias. Como prueba de esa amistad, un par de años después, me regaló las llaves de los bugas. También a él le debo el parco favor que me hizo al descubrirme el hachís.

Tiempo después, yo ya estudiando otra vez en Madrid, en una de las mañanas de innumerables pellas que yo hacía. Una de ellas, que coincidí con él en el parque, me invitó a mi primer join. Le acompañaba una hippy holandesa que se había ligado y liaba unos joins de maravilla. Al principio me dio una jaba tremenda, pero cuando se me pasó el muermo me sentí pletórico, y este hecho cambió radicalmente el sentido de mi vida. Me gustó tanto el aroma y el sabor que me sedujeron los efluvios y los efectos, y hasta el propio vacilón. Fue un antes y un después en mi vida, pues aquel día me prometí a mí mismo no acostarme ni levantarme sin haberme fumado un join. A partir de ese día, he desarrollado mis actos en función del hachís y me he esforzado sobremanera en conseguir cumplir mi promesa. También me supuso ser, durante un tiempo, un medio de vida y supervivencia.

Los dos caballos eran unos coches discretos y llevaban los papeles dentro. Casi siempre pertenecían a mujeres, yo me

aprendía los datos y, si me paraba la policía, decía que me lo había dejado mi tía o mi prima, según la edad que pudiera tener la dueña o el dueño. Miraba bien que tuvieran gasolina y nunca lo tenía más de 24 horas, para no dar lugar a la denuncia. No les causaba ningún daño, al contrario de otros que, cuando se hacían un coche, le rajaban los asientos y el interior a navajazos. También procuraba dejarlo, aunque tuviera más riesgo, muy cerca del lugar donde lo había levantado. No me preocupaba mucho el posible encuentro con el dueño, a la hora de devolverlo, pues por aquel entonces yo tenía alas en los pies y una agilidad pasmosa. Estoy seguro de que, en muchas ocasiones, los propios dueños se habrán sorprendido de haberlo encontrado estacionado a muy pocos metros de donde lo hubieran dejado. Y habrían dudado de ellos mismos y de su memoria. Los dejaba cerca, con poco caldo, pero cerrado con llave e intacto.

Un par de años después, abrieron un local alucinante en el barrio, era el primero que yo conocía y destacaba por la decoración y el horario. Se llamaba Nido de Águilas y lo regentaban un par de tipos diferentes y extraños. Uno, no recuerdo el nombre, era alcalde de Hoyo de Manzanares, un tipo raro, medio calvo con melenas. Era, en aquellos tiempos, abiertamente homosexual, y presumía de tener un novio en la mili y traérselo en avión a Madrid todos los fines de semana. Parecía el paganini, el que ponía la pasta. El otro era un tipo moreno muy guapo. Con pelo largo y joyas. De aspecto agitanado, aunque era payo, y conducía un Cadillac Seville rojo y dorado que llamaba poderosamente la atención.